

Hermanos y hermanas de la Orden Franciscana Seglar (OFS) y de la Juventud Franciscana de Colombia

El Señor les conceda la Paz

En esta Navidad, cuando el tiempo parece detenerse ante el misterio del pesebre, quiero llegar hasta cada fraternidad, cada familia, cada joven y cada hermano de la OFS y la JuFra de Colombia, con un saludo profundamente fraterno y lleno de esperanza. Como Asistente Espiritual, doy gracias a Dios por sus vidas, por su testimonio silencioso y perseverante, y por la manera concreta como, en medio de las realidades del país, siguen encarnando el Evangelio desde el espíritu de san Francisco de Asís.

La Navidad nos coloca siempre ante un asombro que no deberíamos perder nunca: Dios ha querido hacerse *“Dios-con-nosotros”*. No vino con poder ni con esplendor, sino en la fragilidad de un niño, envuelto en pañales, recostado en un pesebre. Como nos recuerda el evangelista san Juan: *“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1,14). Este es el corazón de nuestra fe: un Dios que no se queda lejos, que no observa desde lo alto, sino que entra en nuestra historia, en nuestras heridas, en nuestras búsquedas y esperanzas.

La gran tentación de nuestro tiempo es acostumbrarnos a Dios, perder la capacidad de asombro ante su presencia humilde y cercana. Por eso, esta Navidad nos invita a recuperar una mirada contemplativa, franciscana, capaz de sorprenderse nuevamente ante el misterio de un Dios pequeño. San Francisco, en Greccio, no quiso explicar la Navidad: quiso contemplarla, tocarla, dejarse afectar por ella. En la Navidad de 1223, Francisco quiso recrear el nacimiento de Jesús en Belén, no para hacer una simple representación, sino para vivir de manera profunda la humildad y la pobreza del Dios que se hace hombre. Francisco, lleno de fervor, convocó a la gente de Greccio para ver con sus propios ojos el misterio de la encarnación. Como nos relata la historia, hizo un pesebre real, con animales, paja, y un niño en el centro, para que todos pudieran ver y tocar el mismo misterio que había transformado su vida. En ese pesebre, Francisco vivió la profunda unión entre la creación y el Creador, entre la pobreza y la gloria de Dios. Para él, el nacimiento de Jesús en Belén no era solo un hecho histórico, sino un misterio que renovaba cada día el corazón del creyente.

Hoy, más que nunca, necesitamos esa mirada de asombro. El evangelio nos invita a contemplar a Dios en la fragilidad de un niño, a ver a Dios en lo cotidiano, a no perder de vista la maravilla de lo sencillo, a volver a vivir el misterio de la Navidad con ojos nuevos, como si fuera la primera vez.

El profeta Isaías anuncia: *“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz”* (Is 9,1). Esa luz no encandila, no humilla, no impone; es una luz que se ofrece suavemente, como la de una vela en la noche. Así es Cristo que nace: luz que acompaña, que consuela, que orienta. En medio de las dificultades personales, comunitarias y sociales que vivimos, esta luz sigue brillando, recordándonos que Dios no ha abandonado a su pueblo.

Queridos hermanos de la OFS, su vocación secolar cobra un sentido profundo en este misterio: hacer visible a Dios en lo cotidiano, en la familia, en el trabajo, en la vida social, en la fraternidad. La Navidad nos recuerda que lo pequeño, lo sencillo y lo aparentemente insignificante es el lugar preferido de Dios. Allí donde ustedes viven con coherencia el Evangelio, allí nace Cristo nuevamente.

Queridos jóvenes de la JuFra, la Navidad les habla de un Dios que cree en la juventud, que se fía del futuro, que se pone en manos humanas para crecer. Dios se hace niño y confía su vida a una joven y a un hombre sencillo. No tengan miedo de sorprenderse por Dios, de dejarse inquietar por Él, de soñar en grande desde el Evangelio. Como nos dice el ángel: *“No teman; les anuncio una gran alegría”* (Lc 2,10). La alegría cristiana nace cuando dejamos que Dios nos salga al encuentro.

Esta Navidad, los invito a no perder la capacidad de asombro, a no dejar que la rutina, el cansancio o las dificultades apaguen la novedad del Evangelio. Dios sigue naciendo hoy, en nuestras fraternidades, en los pobres, en los jóvenes, en los enfermos, en quienes buscan sentido. Cada vez que abrimos el corazón, cada vez que optamos por la paz, la fraternidad y la minoridad, el pesebre vuelve a levantarse entre nosotros.

Que María, la mujer del silencio y de la escucha, nos enseñe a guardar este misterio en el corazón (cf. Lc 2,19). Que san José nos ayude a cuidar con ternura lo que Dios nos confía. Y que san Francisco de Asís nos inspire a vivir una Navidad pobre, sencilla y profundamente evangélica.

Con afecto fraterno y oración constante, les deseo una Navidad llena de asombro, de paz y de esperanza, y un Año Nuevo en el que sigamos caminando juntos, como familia franciscana, sorprendidos siempre por el Dios que ha querido ser Dios con nosotros.

Que la paz y la alegría del Niño Jesús colmen sus corazones en esta Navidad y les acompañen con abundantes bendiciones a lo largo del año 2026.

¡Paz y Bien!

Fray Miguel Ángel Estupiñán Zafra, OFM
Asistentes Espiritual para la OFS y la JuFra